

MANUELITA, SOL DE BOLÍVAR

José Steinsleger

Al caer la tarde del domingo 23 de noviembre de 1856, en la casa ubicada al final de la única calle del puerto ballenero de Paita (norte de Perú), un grupo de enmascarados cargó con el pesado cuerpo de la quiteña Manuela Sáenz, víctima del violento microbio del *bobbio* (difteria), diseminado por el cadáver de un marinero inglés. Mecido por la brisa del mar, el letrero colgado en el dintel de la casa (*Tobacco. English Spoken*), acompasó con sus chirridos el doblar del campanario parroquial. El carruaje partió con rumbo a la fosa común. Los aullidos de Paula, Páez y Padilla, retumbaron en los farallones de Paita. Así llamaba la doña a sus perros, con el nombre de los generales traidores a Bolívar. En quechua, Paita significa "lugar que está sólo en el desierto". Días antes, la peste había acabado con Jonatás y Juana Rosa, fieles servidoras de la más lúcida heroína de la emancipación americana, y tan célebres como ella en su recorrido de victorias, penas y derrotas por los pueblos del Caribe y la Gran Colombia bolivariana.

Evitemos, para conocerla, la ingratitud masculina que cuenta la historia a su modo. En su Diario, la norteamericana Jeannette Hart evocó a Manuela en párrafo generoso, y a pesar de haber sido ella misma seductora del Libertador. El viernes santo de 1825, tras ver pasar a una mujer montada en un caballo blanco por una calle de Lima, Jeannette apuntó:

Era bastante extraño ver a esta mujer en público sin estar cubierta por un velo... Con su cabeza descubierta podía apreciarse su cabello negro, recogido atrás en un gran moño... La dama me pareció extraordinariamente atractiva, aunque se notaba en ella una energía y consistencia masculina. El vello de un bozo en el labio superior, aumentaba la impresión de virilidad en aquel rostro enmarcado por dos grandes ojos negros. Sin necesidad de preguntar, me di cuenta de que aquella dama era la llamada cariñosamente Manuelita Sáenz.

Manuelita tenía entonces 30 años y era coronela del Estado Mayor de la Gran Colombia. En enero de 1822, por su cooperación en la causa republicana, el general argentino José de San Martín la condecoró con la Orden del Sol junto a otras mujeres y, por su rol en la batalla de Pichincha (Quito, 24 de mayo de 1822) y entrega revolucionaria en Lima, Simón Bolívar le otorgó el grado de húsar con carácter de oficial archivista. Pero sería por



su participación en las decisivas batallas de Junín (en la que se luchó con arma blanca, sin dispararse un solo tiro) y Ayacucho (agosto y diciembre de 1824), que los indios, negros, mujeres del pueblo llano y las tropas de ocho ejércitos confederados empezaron a idolatrarla, tanto como le temían y odiaban los gobernantes criollos reacios a perder sus privilegios.

En el Banquete de la Victoria, Manuela tomó asiento junto a Bolívar en mesa compartida con el mariscal Antonio José de Sucre y el general José María Córdova, héroes de Ayacucho, todos los oficiales grancolombianos y el general chileno Bernardo O'Higgins en traje de civil (16 de diciembre de 1824). Noche de felicidad y de presagios, en la que el argentino Bernardo de Monteagudo muere apuñalado en momentos en que trabajaba en el programa del frustrado Congreso Anfictiónico de Panamá (1826).

A los patriarcas de los pueblos liberados, las desenfadadas carcajadas de Manuela sacaban de quicio. Mofa de la pompa y la solemnidad que alcanzaría al intrigante y ambicioso general Córdova, puesto en su sitio por el mandamás: "Ella también es Libertadora, no por mi título, sino por su ya demostrada osadía y valor, sin que Usted y otros puedan objetar tal..." Pesaba, sobre todos los oficiales bolivarianos, la malhadada noche bogotana del 25 de septiembre de 1828, cuando un grupo santanderista ingresó al Palacio de San Carlos con propósitos criminales y Manuelita consiguió entretenerlos con espada y pistola turca en manos, mientras el Libertador saltaba por una ventana para salvar su vida.

Bolívar, indemne de todas las batallas, perdió una sola: la que sostuvo con su Libertadora. Debajo de la almohada común apareció un zarcillo de perlas y... En diciembre de 1830, en su lecho de muerte de Santa Marta, confiesa al coronel Perú de la Croix: “Me mordió fieramente las orejas y vientres, y casi me mutila... Pero tenía razón: yo había faltado a la fidelidad jurada y merecía el castigo.” Durante días, en tanto cicatrizaban los arañazos en el rostro, los amanuenses se disculpaban con los visitantes: “Su Excelencia padece una fuerte gripe...”

Manuela Sáenz fue una mujer libre que hizo causa de la fidelidad al amado. A los 21 años, consintiendo al padre (Simón Sáenz, quien amó a su madre, Joaquina Aizpuru, fallecida cuando la niña cumplió un año) y a la madrastra (Juana María Del Campo, a quien supo ganarse como hija fuera del matrimonio), Manuelita aceptó un esposo de regalo: el adusto y rico comerciante James Thorne, inglés que se decía “doctor”, la doblaba en edad y era más frío que los hielos del Chimborazo (1816). Pero en el Quito recoleto, que había encendido las primeras llamas de la emancipación, la sociedad colonial continuaba sin novedad: convento o matrimonio.

La politización de Manuela no fue improvisada. Nacida en el día de los Inocentes de 1795 (año de la muerte de Francisco Xavier Eugenio de Santa Cruz y Espejo, precursor de la independencia de Ecuador), la joven presenció desde el balcón de su casa que daba a la Plaza Grande, el descuartizamiento por caballos de los patriotas sublevados en la fracasada revuelta de 1809. Horca, decapitación, colocación de cabezas en jaulas de hierro exhibidas en toda la ciudad y corazones arrancados de los cadáveres por órdenes del virrey del Perú (Quito era Real Audiencia), que iban a parar a una caldera hirviente en el centro de la plaza.

Las jóvenes patricias quiteñas imaginaban entonces que sólo un semidios podía conjurar aquellos horrores. Y en las haciendas y salones, Manuelita oía que pronto llegaría a la ciudad aquel semidios, que en las campañas de Boyacá (Colombia, 1819) y Carabobo (Venezuela, 1821) había hecho morder el polvo de la derrota a los españoles, anunciando la república de la Gran Colombia.

El 16 de junio de 1822, los cohetes de Quito engalanado anunciaron con vivas la llegada del Libertador. Sin embargo, al ingresar en la Plaza Grande, Bolívar tuvo que esquivar una corona de laurel y olivo, adornada con cintas tricolores. Enojado, el semidios alzó la mirada a un balcón y observó los pechos de una mujer asustada que, tapándose el rostro con las manos, no dejaba de reír.

Risa que mudaba de expresión en el destierro de Paita, cuando a sus visitantes comentaba la conducta de quien allí

la había confinado: el presidente de Ecuador Vicente Rocafuerte (liberal). En carta al general venezolano Juan José Flores (conservador), Rocafuerte escribió: “...las mujeres son las que fomentan el espíritu de anarquía en estos países... las mujerespreciadas de buenas mozas y habituadas a las intrigas de gabinete son más perjudiciales que un ejército de conspiradores (21 y 28 de octubre de 1835).” Y a Francisco de Paula Santander, presidente de Colombia: “...Si la Manuela estuviera aquí, estaría esto ardiendo como Troya... Como es una verdadera loca, la he hecho salir de nuestro territorio, para no pasar por el dolor de hacerla fusilar (11 de noviembre de 1835).”

En Paita, el joven marinero Hermann Melville se entrevistó con Manuela. El autor de *Moby Dick* la evoca en sus diarios: “Humanidad, recio ser, te admiro. No en el vencedor coronado de laureles, sino en el vencido.” Diez años después, en su viaje por América del Sur (1851), el unificador de Italia, Giuseppe Garibaldi desembarcó expresamente en el puerto ballenero para saber de la epopeya bolivariana, y platicar con “...la piú graciosa e gentile matrona c'hio abbia mai veduto (la más graciosa y gentil matrona que hubiera visto hasta ahora)”.

En volumen que fuera suprimido (y sus ejemplares quemados, habiéndose salvado sólo tres), el general bolivariano irlandés Daniel F. O’Leary (1800-54) recuerda la noche de gala en la que “la señora de Thorne” fue presentada al General en Palacio. Desconcertado, Bolívar extendió la mano y le dio un tímido beso, mientras ella se mataba de risa. El Libertador tenía 39 años, ella 27, y tras bailar una y otra vez la contradanza “La Vencedora” desaparecieron de la fiesta, perdiéndose en la noche de Quito.

El riguroso historiador colombiano, Antonio Cacia Prada, cuenta que en común acuerdo con la heroína, el general venezolano Antonio de la Guerra (desterrado en Paita con su familia) dispuso que se cumplan las disposiciones sanitarias de emergencia al ocurrir el fallecimiento: incineración de todas las pertenencias. Melancólicamente —apunta Cacia Prada—, De la Guerra apartó con el pie las cenizas y recogió el pedazo de una sola carta renegrida del cofre de cuero que contenía cientos de cartas del amante.

Sólo decía: “Yo no puedo estar sin ti. Ven, ven, ven luego.” ☒

José Steinsleger (Rosario). Escritor y periodista mexicano, nacido en Argentina. Ha sido editor/asesor del Centro Internacional de Estudios Superiores de la Comunicación (CIESPAL, Quito) y consultor de UNICEF en Ecuador y México. Conferencista invitado en universidades y centros de investigación de México, Estados Unidos, Cuba, Ecuador, Venezuela, España y Argentina. Incluido en el Diccionario Milenios de México (Humberto Musacchio, 1999). Autor y co-autor de varios libros acerca de la coyuntura política, social y cultural de América Latina, entre los cuales cabe destacar: En el reino de Herodes (1996), Mirando a Venezuela (2004) y América Migración (2007). Es colaborador del periódico La Jornada (México) y miembro del Concepto Editorial de *Archipiélago*.